

PAULO RENATO DA SILVA, MARIO AYALA
FABRICIO PEREIRA DA SILVA , FERNANDO JOSÉ MARTINS
(COMPILADORES)

LUTAS, EXPERIÊNCIAS E DEBATES NA AMÉRICA LATINA

Anais das IV Jornadas Internacionais de Problemas Latino-Americanos

Foz do Iguaçu
Imago Mundi / PPG - IELA UNILA
2015

Los primeros pasos de la derrota: represión política, frente popular y pérdida de influencia del Partido Comunista argentino en el movimiento obrero durante los prolegómenos del peronismo, 1943-1945

Hernán Camarero (CONICET / Universidad de Buenos Aires, hercamarero@gmail.com)

Resumen

Tras dos décadas de creciente inserción del Partido Comunista (PC) en el movimiento obrero argentino, a partir del golpe militar del 4 de junio de 1943 y desde que el coronel Juan D. Perón impulsara la Secretaría de Trabajo y Previsión, ocurrió un progresivo declive de la influencia de ese partido en los ámbitos laborales. Perón tendió a disolver los sectores sindicales ligados al PC y a reprimir a dicho partido, al tiempo que enhebró relaciones con diversas conducciones gremiales, con el fin de articular una nueva estructura afín a sus posiciones. Perón fue señalado por el PC como el enemigo principal, en una lectura de la realidad que resultó incapaz de advertir la compleja trama de realidades y expectativas que comenzaban a tejerse en el vínculo entre ese militar y los trabajadores. Ello se debía a la estrategia de compromiso con las expresiones de la “burguesía democrática” que el PC levantaba desde 1935 con la aplicación de su línea frentepopulista. El objetivo de esta ponencia es examinar el ciclo que se abre en junio de 1943 y se cierra con la movilización del 17 de octubre de 1945 y las elecciones generales de febrero de 1946. Se ofrece una primera hipótesis general que encuentre algunas pistas para el análisis del proceso caracterizado por el éxito peronista en ganar la adhesión obrera y la derrota del PC por impedir este intento.

Abstract

After two decades of work inside the Argentine's working class, the Communist Party (PC) influence decline, especially since 1943's coup d'etat and colonel Peron policy in the *Secretaría de Trabajo y Previsión*. Peron disarmed the Trade Union linked to the PC while he established relationships with a fraction of the Unions leaders looking for new allies. The PC considered Peron their most important enemy. This political position was coherent with their policy of “popular Front” but they couldn't see the roots that Peron was creating within the working class. This article examine the period between june 1943 and the general elections in February 1946. During this period occurred a big march known as “17 de octubre del 45” to support colonel Peron that is considered the beginnig of Peron's extended influence inside the labor movement.

Tras dos décadas de creciente inserción del Partido Comunista (PC) en el movimiento obrero argentino, a partir del golpe militar del 4 de junio de 1943 y desde que el coronel Juan D. Perón impulsara la Secretaría de Trabajo y Previsión, ocurrió un progresivo declive de la influencia de ese partido en los ámbitos laborales. Perón tendió a disolver los sectores sindicales ligados al PC y a reprimir a dicho partido, al tiempo que enhebró relaciones con diversas conducciones gremiales, con el fin de articular una nueva estructura afín a sus posiciones. Perón fue señalado por el PC como el enemigo principal, en una lectura de la realidad que resultó incapaz de advertir la compleja trama de realidades y expectativas que comenzaban a tejerse en el vínculo entre ese militar y los trabajadores. Ello se debía a la estrategia de compromiso con las expresiones de la “burguesía democrática” que el PC levantaba desde 1935 con la aplicación de su línea frentepopulista. El objetivo de esta ponencia es examinar el ciclo que se abre en junio de 1943 y se cierra con la movilización del 17 de octubre de 1945 y las elecciones generales de febrero de 1946. No se pretende hacer una descripción empírica puntillosa, sino, más bien, ofrecer una primera hipótesis general que encuentre algunas pistas para el análisis del proceso caracterizado por el éxito peronista en ganar la adhesión obrera y la derrota del PC por impedir este intento.

El PC antes del golpe del 4 de junio: *frente popular* y cambios en la dirección partidaria

Para comprender la actuación del PC durante ese período debe atenderse, primeramente, al carácter de la estrategia política que lo guiaba. Desde fines de la década de 1920 (más exactamente a partir del VIII Congreso, de 1928), el partido radiografió la estructura socioeconómica del país en términos de un capitalismo deformado por la dependencia con el imperialismo y por el peso del latifundio. De allí derivó su caracterización central: el país requería una revolución por etapas, “democrático-burguesa, agraria y antiimperialista”. El horizonte socialista se hizo indeterminado. Estos planteos, surgidos cuando la Internacional Comunista (IC) o Comintern (en la que el PC se insertaba) aplicaba la estrategia de *clase contra clase*, se afianzaron y a la vez adquirieron nuevos perfiles con la adopción del *frente popular* (antiimperialista pero, sobre todo, antifascista), con el VII y último congreso de la IC de, 1935. A partir de estas definiciones se postulaba que la clase obrera poseía aliados naturales en el campo de la burguesía nacional desvinculada del capital extranjero y la oligarquía terrateniente. Por el modo en que este planteo estaba argumentado, ya desde los '30, la paradoja resultaba obvia: el autodenominado “partido de la clase obrera” terminaba identificando como problema principal del país no al capitalismo, sino al insuficiente desarrollo del mismo. Según este análisis, la industria vernácula había quedado constreñida en límites estre-

chos y el sector rural estaba sometido a un régimen de explotación ineficiente y caduco, todo distorsionado por el peso asfixiante del capital monopolista extranjero y la oligarquía terrateniente. En esos marcos, la burguesía nacional aparecía imposibilitada, objetivamente, de asegurar un camino de “independencia y progreso”, pero dado que presentaba contradicciones con el imperialismo, ocupaba un lugar clave en la interpelación comunista. Había, pues, un enemigo central, que era el imperialismo, en alianza con el “gran capital intermediario” y a los “latifundistas de tipo feudal”, con lo cual la contradicción entre la clase obrera y la burguesía nacional quedaba relegada a un segundo plano y subalternizada en la orientación del PC. Lo que siguió de allí en más y durante medio siglo fueron meras adecuaciones a esos lineamientos.

La implicancia de esta línea fue muy significativa. Desde la retórica y la práctica del partido, se fueron supeditando las reivindicaciones de los trabajadores a una política de acuerdo con la burguesía “aliada” y “democrática” (ver: Aricó, 1979). Los comunistas, mientras se hacían fuertes en los sindicatos industriales y canalizaban las demandas laborales, en el terreno político, en cambio, propiciaban todo tipo de convenios con expresiones pretendidamente “progresistas” del campo patronal. Hicieron lo imposible para establecer una gran alianza opositora al gobierno conservador junto a la UCR, el PDP y el PS, levantando con ahínco la candidatura de Marcelo T. de Alvear a la presidencia en 1937. Esta línea fue anestesiada en el bienio 1939-1941, cuando perduró el tratado de no agresión nazi-soviético Ribbentrop-Mólotov y por ende se estableció la táctica del “neutralismo”. Pero desde junio de ese último año, con la invasión alemana a la URSS, el frente-populismo volvió con vigor y encontró al PC como el más entusiasta impulsor de lo que años después derivó en la Unión Democrática (la colación electoral que enfrentó a Perón en los comicios de febrero de 1946).

Todo ello coincidió con cambios en la dirección partidaria, los cuales se hicieron intensos desde 1938-1939. Durante los años anteriores, la organización parecía haberse reestructurado en torno a la estrategia del *frente popular* sin grandes conmociones internas ni fisuras visibles tanto a nivel de la conducción como de los cuadros partidarios. Sin embargo, ya a fines de 1937 había comenzado a incubarse una crisis que se hizo visible en el IX Congreso Nacional del PC, en enero de 1938, y que afectó al nivel más alto de la dirección. En aquel cónclave se efectuó el primer balance de la aplicación de la política del *frente popular* en el país y de la expansión del partido en el movimiento sindical. En las resoluciones y documentos emitidos apenas se evidenciaron las diferencias entre los dirigentes (Sommi, 1938; Ghioldi, 1938).

En ese congreso y, sobre todo, durante los meses siguientes, uno de los responsables de la conducción del partido, Luis V. Sommi, fue acusado por otro sector de la dirección y de los cuadros de tener planteos que luego serían caracterizados como “oportunistas”, por “ceder programática y políticamente” a fuerzas reformistas (como el PS) o de la burguesía democrática (la UCR). Es decir, a Sommi se lo increpaba, argumentándose que poseía una línea que colocaba al PC como “furgón de cola de fuerzas políticas burguesas y reformistas”. Otro sector de dirigentes, representados, entre otros, por Orestes Ghioldi y Paulino González Alberdi, apoyados por una gran cantidad de cuadros medios, en especial, los que militaban en el ámbito obrero, logró imponer sus posiciones en el Comité Central ampliado de julio de 1938. Allí se criticaron las “desviaciones” y se apostó a “fortalecer la construcción del partido, su carácter obrero y la política unitaria”.²³¹ Finalmente, en esa misma reunión se nombró a Gerónimo Arnedo Alvarez como Secretario General del partido, una función que ejercerá hasta su muerte en 1980.

Algunos meses después, en marzo de 1939, el reajuste se impuso en la Vª Conferencia Nacional de la Juventud Comunista. Se constituyó así, un nuevo eje de dirección partidaria, al cual se sumaron nuevos dirigentes, como Juan José Real, y, a partir de 1940-1941, Rodolfo Ghioldi y Victorio Codovilla, luego de regresar ambos al país, tras permanecer varios años en el exterior. Con esta estructura de conducción, el PC afrontó los años que siguieron y que incluyeron el fuerte desafío de actuar bajo la coyuntura del golpe del 4 de junio de 1943 y de la emergencia del laborismo-peronismo.

La implantación comunista en el movimiento obrero industrial hasta 1943

Tal como hemos señalado en nuestras investigaciones (Camarero, 2007, 2008 y 2012), el PC venía experimentando un avance notable en la clase obrera industrial, especialmente, durante la década y media anterior a 1943. El contexto económico-social del país lo hacía posible. Durante ese período, como producto de la industrialización sustitutiva, se verificó una presencia cada vez más gravitante de obreros en los centros urbanos (especialmente, la Capital Federal y el conurbano bonaerense), con un gran monto de reivindicaciones insatisfechas, pues las tendencias al aumento del poder adquisitivo del salario y al descenso de los índices de desocupación de la segunda mitad

²³¹ Sobre este conflicto interno, nos remitimos a: Partido Comunista, Comisión del Comité Central, 1947: 86.

de los años veinte, se revirtieron tras la crisis de 1930, y los índices sólo volvieron a mejorar, desde mediados de esa década, exclusivamente en lo que hace a la baja del desempleo. Fueron años de intensa acumulación del Capital, con incremento de la explotación laboral y escasas iniciativas redistributivas. Esta industrialización impuso cambios en las orientaciones del movimiento obrero, con inserción débil en estos nuevos sectores laborales (una visión global sobre el período 1930-1943 en el movimiento obrero: Matsushita, 1983; Tamarin, 1985; Godio, 1989; Horowitz, 2004).

El PC se convirtió en la principal corriente en promover prácticas combativas y clasistas en el ámbito industrial, recreando parcialmente una experiencia confrontacionista como la que anteriormente había sostenido un anarquismo que ahora se mostraba cada vez más exangüe. En cambio, entre los asalariados del transporte, los servicios y algunos pocos manufactureros tradicionalmente organizados, con muchos trabajadores calificados (marítimos, ferroviarios, tranviarios, municipales, empleados de comercio y del Estado, telefónicos y gráficos, entre otros), la hegemonía era disputada por socialistas y *sindicalistas*, tendencias que desde mucho tiempo atrás venían negociando con los poderes públicos y ya habían obtenido (o estaban en vísperas de hacerlo) conquistas efectivas para los trabajadores. Los *sindicalistas* confiaban en sus acercamientos directos con el Estado; los socialistas apostaban a potenciar su fuerza con su bancada parlamentaria, desde la cual apoyaron los reclamos laborales, en especial, los provenientes de sus gremios afines. En ambos casos, se privilegiaba la administración de organizaciones existentes, que gozaban de poder de presión y estaban en proceso de complejización e institucionalización, más aún, en varios casos, de burocratización. En suma, aquellos eran territorios ocupados y relativamente adversos, en donde los comunistas no encontraron oportunidades para incidir de modo preponderante.

Por otra parte, hubo una serie de técnicas de implantación, formas de trabajo y modalidades de intervención de los comunistas en el ámbito obrero fabril que les otorgaron ventajas decisivas para el despliegue de una experiencia clasista de organización y movilización hasta comienzos de la década de 1940. Esto exige recordar una precisión respecto a la temporalidad histórica. En el período formativo de esta corriente, entre 1912 y 1925 (como fracción de izquierda del socialismo, como partido socialista revolucionario, y, por último, como partido comunista durante su primer lustro), la posición ocupada por ella en el mundo del trabajo fue marginal. Se trataba de un partido que había logrado establecer ciertos vínculos con el mundo proletario, pero de un modo asistemático y poco profundo, sin presencia orgánica en los sitios de trabajo, con escasa incidencia en las estructuras sindicales y sin mucha experiencia en la dirección de los conflictos y organismos nacionales del movimiento obrero. La inserción obrera de los comunistas conoció un salto cuantita-

tivo y cualitativo desde 1925, cuando el PC adoptó la orientación de la “proletarización” y la “bolchevización”. Esto significó un cambio en su estructura: la reubicación de todos los militantes en clandestinas células obreras (sobre todos, las de “empresa o taller”), que significaron una novedosa forma de organización de base antipatronal. Ellas pasaron a ser la entidad fundamental de un partido que viró hacia una actividad combativa y eminentemente ilegal. Al mismo tiempo, esta última se fue haciendo más jerárquica, centralizada y monolítica, en sintonía con los postulados de una Comintern que iniciaba su proceso de burocratización. Lo cierto es que, a diferencia de la década anterior, desde ese entonces y hasta 1943, el PC mutó en una formación política integrada mayoritariamente por obreros industriales, que buscó poseer y conservar ese carácter. Si el comunismo devino en una corriente especialmente apta para insertarse en este proletariado, fue porque se mostró como un actor muy bien dotado en decisión, escala de valores y repertorios organizacionales. Los comunistas contaron con recursos infrecuentes: un firme compromiso para la intervención en la lucha social y una ideología redentora y finalista (una peculiar manera de concebir al “marxismo-leninismo”), que podía pertrecharlos con sólidas certezas doctrinales. Al mismo tiempo, las células y otros organismos de base, como las flamantes comisiones internas (ver Ceruso, 2010), así como los grandes sindicatos únicos por rama, resultaron muy aptos para la penetración en los ámbitos fabriles y para el agrupamiento de los obreros de dicho sector. La implantación fue posible gracias a esa estructura partidaria celular y blindada, verdadera máquina de reclutamiento, acción y organización, que el PC pudo instalar en una parte del universo laboral.

Hasta 1935, las organizaciones sindicales dirigidas o influenciadas por el PC desplegaron una línea muy combativa y confrontacionista, la cual se expresó en violentos conflictos durante el segundo gobierno de Yrigoyen, la dictadura uriburista y los primeros años de la presidencia de Agustín P. Justo. Sólo para ejemplificar esto, apuntemos la seguidilla de duras y estridentes huelgas: la de la localidad cordobesa de San Francisco, de 1929; las del ramo de la madera, en 1929, 1930, 1934 y 1935; las de los frigoríficos, desde 1932 en adelante; la de los petroleros de Comodoro Rivadavia, ese mismo año. A partir de 1935, durante la segunda mitad del gobierno de Justo y bajo las presidencias de Ortiz y Castillo, ya con la línea del *frente popular*, hubo una moderación de esa combatividad sindical. No obstante, el partido participó también en la dirección de importantes conflictos obreros, cuyo caso paradigmático fue la masiva y extraordinaria huelga de los trabajadores de la construcción de 1935-1936, combinada con huelga general (Iñigo Carrera, 2000); a ello se agregó la innumerable cantidad de paros entre los trabajadores metalúrgicos, textiles y del vestido, entre otros, que el PC impulsó en los años siguientes. El costo de esa resistencia no fue menor: el PC sufrió una sistemática persecución por parte de la Sección Especial de Repre-

sión del Comunismo y cientos de sus adeptos fueron encarcelados, deportados (merced a la aplicación de la Ley de Residencia) y/o sufrieron sistemáticas torturas, entre ellos, buena parte de los miembros del Comité Central. El partido no sólo fue declarado ilegal sino que hubo un proyecto en el Senado de la Nación para convertir esa persecución en ley.

Si se hiciera una radiografía precisa en 1943, ella indicaría que hacia ese año el PC se había consolidado en la dirección o codirección de las más importantes organizaciones del sector industrial: la poderosa Federación Obrera Nacional de la Construcción (FONC), la Federación Obrera de la Industria de la Carne (y su extensión, la Federación Obrera de la Alimentación), el Sindicato Obrero de la Industria Metalúrgica, la Unión Obrera Textil, la Federación Obrera del Vestido y, posteriormente, el Sindicato Único de Obreros de la Madera. Cinco secretarios generales de esos sindicatos eran dirigentes del partido: Pedro Chiarante (de la FONC), José Peter (de la FOIC/FOA), Muzio Girardi (del SOIM), Jorge Michellón (de la UOT) y Julio Liberman (de la FOV). Algunos de ellos, incluso, eran integrantes del Comité Central partidario. Era una situación que históricamente no se había dado ni se volvería a repetir en otro partido de la izquierda argentina. Las cifras de afiliados y cotizantes que poseían esas organizaciones sindicales orientadas por el PC eran irregulares, pero un cálculo aproximado indica, hacia 1943, una cifra cercana a los 100.000, de los cuales, cerca de un 60% o 70% pertenecían a las filas de la FONC (Durruty, 1969). Además, debe señalarse que el PC encontró un lugar en la conducción de la CGT, consiguiendo una destacada cantidad de cargos en el Comité Central Confederal de dicha entidad y, en 1942, su vicepresidencia, en manos del albañil Pedro Chiarante.

Durante esos años, los cuadros del PC que estaban al frente de esos sindicatos, aplicaron la estrategia del *frente popular*, favorable a un acuerdo con los sectores sociales y políticos antifascistas, incluso, los provenientes de la pequeña y mediana burguesía, “nacional y progresista”. El objetivo era extender el campo de alianzas para sumar a todos ellos a la política de la Unidad Nacional y del apoyo a los países que combatían el nazifascismo, en particular, la URSS. A partir de esta orientación unitaria, ¿practicó el partido una suerte de “tregua laboral” en los sectores que influenciaba, sobre todo, desde 1941, con el ingreso de la URSS a la guerra? Una observación global no permite una respuesta inequívoca para 1941, 1942 y la mitad de 1943. En general, los sindicatos comunistas mantuvieron en ese período una línea de permanente movilización de sus bases y de atención de las reivindicaciones económicas sectoriales y generales de los trabajadores, al tiempo que practicaron una gimnasia huelguística casi constante. Si bien existían varias denuncias de activistas y obreros de base a las actitudes rígidas, excesivamente centralistas y jerárquicas,

y, a veces, autoritarias por parte de los cuadros del PC, en ningún gremio, ellos se hallaban “rebasados” por las bases, ni existían elementos fuertes de desprestigio o acusaciones de “traicionar” la causa laboral. Los casos de ese tipo aparecieron en los años 1944 y 1945, especialmente, centrados en el caso del gremio de la carne, bajo la orientación de la FOIC y su secretario general, José Peter.

El golpe militar de 1943 y sus efectos sobre el PC

El golpe militar del 4 de junio de 1943 tuvo efectos catastróficos para el PC. La tónica anticomunista de quienes impusieron el nuevo gobierno de facto es indiscutible. Como sostenía el general Arturo Rawson en su proclama del mismo 4 de junio: “El comunismo amenaza sentar sus reales en un país pletórico de probabilidades por ausencia de previsiones sociales”.²³² Bajo la justificación de estas alertas inquietantes, comenzaron a aplicarse una serie de medidas implacables. El PC sufrió los efectos de una represión inaudita. La organización fue completamente ilegalizada. Fueron clausurados sus diarios y periódicos (*La Hora, Orientación* y otros), saqueadas sus instalaciones y detenidos sus redactores. La organización debió actuar en la total clandestinidad; desde allí se continuó editando *Unidad Nacional*, que venía saliendo desde el mes de febrero. El partido también actuó en un movimiento “unitario y antifascista”, junto a otros sectores políticos, llamado “Patria Libre”, que publicó, también de modo furtivo, el periódico *El Himno Nacional*. Desde estos distintos órganos de prensa el PC combatió al régimen militar, al que no dudó en caracterizar como la expresión genuina de los sectores más reaccionarios y fascistas del país, y pretendió convertirse en la “vanguardia del proceso de resistencia”.

En tanto, todos los gremios orientados por el PC fueron prohibidos y sus locales clausurados, debiendo actuar desde entonces en forma encubierta. Centenares de cuadros obreros del PC, y sus principales dirigentes sindicales, como José Peter de la FOIC, Pedro Chiarante de la FONC y Vicente Marischi del SUOM, entre muchos otros, fueron detenidos o confinados en las prisiones de Villa Devoto, la isla Martín García, Neuquén y La Plata, La CGT N° 2, en la que estaban enrolados los sindicatos comunistas, fue inmediatamente disuelta.

²³² Citada en: García y Rodríguez Molas, 1988: 185.

Pero el aspecto que, finalmente, se convirtió en el decisivo fue otro. Junto con la represión se desarrolló otro proceso de enormes consecuencias para el futuro del comunismo argentino y de su inserción en el mundo del trabajo: la acción de acercamiento hacia el sindicalismo que comenzaba a desplegar el coronel Juan Domingo Perón, primero al frente del Departamento Nacional del Trabajo (DNT), luego a cargo de la Secretaría de Trabajo y Previsión (STyP). Sus objetivos pretenden ir más allá del programa trazado por la Revolución de Junio, pues comienza a encarar una vasta estrategia de apertura hacia los trabajadores organizados. Como se ha afirmado: “Su objetivo es conjurar a tiempo el peligro potencial de un ascenso de las corrientes de izquierda que hace temer el precario estado en que se encuentran las cuestiones del trabajo” (Torre, 1995: 9-10). Es con este sentido que Perón promueve la activa participación de los poderes públicos en la vida de las empresas, imponiendo la negociación colectiva, alterando las normas laborales y reparando viejos agravios por decreto. Perón, apelando a un discurso que retomaba aspectos de la doctrina social de la Iglesia, invita a los empresarios a apoyar esta apertura laboral, intentando convencerlos de que sacrificando algo de su poder patronal se evitaba una agudización de la lucha de clases y se posibilitaba la conservación del orden social existente. Por otra parte, si bien en el planteo de Perón aparecen reminiscencias de la retórica del fascismo social europeo en su lucha anticomunista, de ningún modo puede establecerse que, hacia 1943-1944, sus proyectos fueran los de instaurar un régimen corporativista. Dichos planteos habían ganado ascendencia en algunos de sus camaradas pero en Perón parece existir plena conciencia, a partir de las crecientes derrota de los ejércitos nazi-fascistas, de que no había lugar para este tipo de alternativas dictatoriales.

Lo cierto es que, sobre todo a partir de 1944, comenzó a erigirse un proyecto más ambicioso por parte de Perón, que el PC y la mayoría de la izquierda tardó mucho en advertir. Con el correr del tiempo Perón apareció dispuesto a lanzarse a una lucha electoral que se presentaba como inminente. Las muertes, entre 1942-1943, de los dos líderes naturales de la transición a una democracia burguesa “ampliada”, Alvear y Justo, le dejaron un camino más despejado para que gradualmente vaya instalando su figura y construyendo una nueva fórmula política preparada para afrontar los nuevos desafíos de la “sociedad industrial de masas”. Con ese fin, Perón inició contactos con políticos conservadores y radicales, para contar con eficaces máquinas políticas en el campo electoral, y esperó encontrar cierta colaboración de las clases patronales, al tiempo que sumó el apoyo de los dirigentes sindicales con los que había trabado relación. Esta última vinculación fue

posible dada la añeja y bien arraigada concepción *sindicalista* existente en el movimiento obrero argentino que acostumbraba a privilegiar una estrategia “pragmática”, habituada a la negociación con el Estado.²³³

En buena medida, este proyecto de Perón, sin embargo, resultó un fracaso. En primer lugar, porque los sectores patronales recibieron hostilmente sus planes de apertura laboral. Es que los empresarios parecieron sentirse amenazados, antes que por un movimiento obrero combativo o por una revolución social inminente, por la propia gestión de Perón, quien en nombre de la armonía social alentaba la movilización de las masas y exasperaba las tensiones sociales, al tiempo que parecía querer convertirse en árbitro de la paz social y detentador de todo el poder político. En segundo lugar, la tarea de reclutamiento de apoyos entre los partidos tradicionales llevada a cabo por Perón sólo alcanzó un magro resultado, dado que éste no dejaba de aparecer como la expresión de un régimen y un proyecto vinculados a los que estaban siendo sepultados con el fin de la guerra mundial. La derrota definitiva de Perón parecía estar cercana en octubre de 1945: la oposición socio-política se mostró dispuesta a imponer la rendición incondicional del coronel “díscolo” y a obligar al régimen militar a delegar el poder en la Corte Suprema.

Octubre de 1945 y elecciones de 1946

El mes de octubre de 1945 se presentó, inicialmente, como el de la derrota del proyecto “original” de Perón. Y el PC pensó entonces que la partida la tenía ganada. Veamos los hechos. Cuando el coronel advirtió el fracaso de sus tentativas desde el Estado, ejecutó un giro estratégico, convocando a los sindicatos y a los trabajadores a manifestarse en defensa de su gestión. Un nuevo intento político había surgido. Este llamado a los trabajadores anuló las posibilidades de un compromiso y agudizó la polarización política, decidiendo a los militares a ceder a las presiones de la oposición. En las primeras filas de ella se hallaba el PC. La nueva coyuntura se desarrolló muy rápidamente: el 9 de octubre Perón fue despojado de todos sus cargos y el 12 de ese mismo mes fue encarcelado. El desenlace es bien conocido. El 17 de octubre la marcha de los trabajadores hacia la Plaza de Mayo forzó a una definición política distinta. Se trató de una movilización de masas impulsada desde abajo, gracias a la labor de agitación y propaganda de los cuadros sindica-

²³³ Este tópico ha sido bien analizado en Murmis y Portantiero, 1971; del Campo, 1983 y Torre, 1990.

les, pero al mismo tiempo alentada por sectores de la burocracia estatal y policial. La manifestación acabó por convertirse en un punto de inflexión pues, al bloquear la estrategia de la oposición, redefinió el campo de las alternativas existentes. El acontecimiento logró algo inédito y difícilmente previsto por los adversarios del coronel, y entre ellos, casi toda la izquierda: retornarlo de la prisión, rescatarlo de su ostracismo y depositarle en sus manos otra oportunidad para ensayar un nuevo intento político.

La escasa capacidad del PC en comprender los pliegues de esta nueva realidad fue evidente. El PC denunció en forma absoluta y desde sus inicios toda la política social de Perón, caracterizándola como demagógica, insustancial y oportunista, al servicio de garantizar una política represiva, fascista y anticomunista en el movimiento obrero. Las nuevas organizaciones gremiales que surgieron y las reorientaciones de varios dirigentes sindicales hacia una mirada favorable de la acción peronista fueron minimizadas en su trascendencia histórica por el PC, quien las juzgó de realidades de efímero porvenir e imposibles de eclipsar su influencia en el movimiento obrero. Desde la segunda mitad de 1943 y a lo largo de 1944, la mayor parte de la influencia que los comunistas habían logrado en el mundo del trabajo desde hacía más de dos décadas se desmoronaba lenta e imperceptiblemente bajo sus pies, pero el partido no alcanzaba a dimensionar el fenómeno.

Como señalamos anteriormente, desde los inicios mismos del golpe del 4 de junio de 1943, y especialmente desde que Perón impulsó la Secretaría de Trabajo y Previsión, se venía alertando a diversos voceros o expresiones del poder económico, social y político del peligro que representaba la gravitante presencia comunista en los ámbitos laborales y de la necesidad de erradicarlo. El coronel Domingo Mercante, uno de los brazos derechos de Perón y gobernador de la provincia de Buenos Aires entre 1946-1952, recordó más tarde a la figura de Peter, al que la nueva elite político-militar reconocía hacia 1943 como uno de los dirigentes con mayor prestigio en el mundo sindical. En su evocación, Mercante mencionó la asamblea de los trabajadores de la carne de agosto de ese año en una cancha de Dock Sur, donde se debía discutir la continuidad de una huelga: “Cuando llegamos nos sorprendió una multitud. Alrededor de seis mil obreros vivaban a Peter, lo abrazaban, lo apretaban, lo llevaban en andas. Una popularidad que después perdieron los comunistas y que sólo Perón supo heredar”.²³⁴

²³⁴ Declaraciones de Domingo A. Mercante, reproducidas en: “La historia del peronismo, nota XI”, *Primera Plana*, III, 146, 24/8/65, p. 44.

Volvamos a apuntar algunos hechos y ciertos análisis. Incapaz de convencer a las clases dominantes de la utilidad de enfrentar la amenaza comunista como un asunto de primer orden, Perón se lanzó a una política propia, de enfrentamiento a aquella en el campo obrero. La lucha, entonces, entre el emergente proyecto populista y el comunismo fue despiadada. Apoyado en el conjunto de concesiones económico-sociales conseguidas a favor de los trabajadores (proceso permitido por la favorable coyuntura económica de la época), el militar comenzó una estrategia de aplastamiento de los sectores sindicales ligados al PC. Perón fue ganando ascendencia entre las filas obreras y enhebrando relaciones con diversas conducciones sindicales, con el fin de articular una nueva estructura gremial afín a sus posiciones. Varios dirigentes laborales, de las más diversas procedencias ideológicas fueron tentados por la convocatoria del coronel. Entre los dirigentes, cuadros medios y militantes comunistas, en cambio, dicho ofrecimiento parece haber encontrado un apoyo escaso.²³⁵ Perón alentó la creación de “sindicatos paralelos” en las ramas gremiales donde más presencia comunista existía, con el objetivo de incrementar su base de apoyo en el movimiento obrero y provocar un vacío o una competencia al PC.

En definitiva, el PC fue uno de los partidos que combatió más duramente al peronismo en el momento mismo de su surgimiento. El partido conducido por Rodolfo Ghioldi y Victorio Codovilla denunció al coronel como el continuador más perverso del régimen militar implantada en 1943 y, más grave aún, de las dictaduras totalitarias representativas del *Eje* que estaban siendo derrotadas con el fin de la conflagración mundial. La multiplicación de los sindicatos paralelos, la orientación de otros ya constituidos hacia un acuerdo con el coronel, la irrupción popular inesperada del 17 de octubre y la creación del Partido Laborista por parte de la *vieja guardia sindical* dispuesta a realizar un acuerdo con Perón, son algunos de los hitos de un proceso que nos señala el éxito de la estrategia peronista por ganar la adhesión de los trabajadores y la derrota del PC por impedir este intento. Faltaba consumar el desenlace electoral.

El desenlace de la nueva coyuntura se produjo en las elecciones presidenciales convocadas para febrero de 1946. Allí, las cuestiones parecieron volver a presentarse en los mismos términos que unos años atrás, en torno a los interrogantes de cómo resolver el “problema del trabajo” y asegurar una mayor “representatividad” y “transparencia” a una fórmula de gobierno burguesa estable. Las alternativas presentadas en esos comicios fueron dos: la de la derrotada Unión Democrática

²³⁵ En Di Tella, 2003, hay una referencia a este punto desde su dimensión cuantitativa.

tica (alianza conformada por la Unión Cívica Radical, el Partido Socialista, el PC, el Partido Demócrata Progresista y sectores conservadores y liberales, con el indisimulable apoyo de la embajada norteamericana), representaba un proyecto en sintonía con los frentes populares de la época, que se agrupaba tras la perspectiva de una democracia burguesa con pluralidad de partidos y una estructura sindical orientada hacia una izquierda reformista y burocrática (expresada por el PS y el PC); la segunda y triunfante fue la de la coalición peronista. Los números nos hablan de una ventaja cierta pero no aplastante: 1.527.000 votos para la fórmula de Perón; 1.207.000 para la Unión Democrática (UD). Para los comunistas, el procesamiento de la derrota electoral de 1945-1946 no fue fácil. En términos de sufragios, no sólo perdió la UD, sino que las propias listas legislativas del PC sólo recibieron unos 150.000 votos (10 veces menos que la triunfante coalición peronista), lo cual también demostró la falta de una maquinaria y tradición electoral en una organización condenada en los 15 años anteriores a la casi ilegalidad/ clandestinidad.

Lo importante aquí es que con este éxito electoral de Perón emergió, finalmente, una nueva fórmula de dominación política en el capitalismo argentino, la de un liderazgo plebiscitario y bonapartista de masas. Y es la incapacidad para comprender todos los pasos en los que se verificó la marcha de este proceso donde radica la derrota del PC. Quizás, el partido aún estaba a tiempo de reaccionar hasta el 17 de octubre. Pero incluso una vez acaecido este acontecimiento extraordinario, una de las mayores movilizaciones obreras realizadas en el país hasta ese entonces, el PC tampoco alcanzó a reaccionar y modificar su línea.

Conclusiones

En un ejercicio de síntesis, pueden enunciarse de manera global y comprensiva las razones que permiten explicar el eclipse comunista en el movimiento obrero y la conversión mayoritaria de este último al peronismo. La mirada exige atender a dos elementos cruciales e interrelacionados. Uno, el ya analizado de la estrategia frentepopulista del PC, que dilapidó una tradición sindical combativa y clasista, detrás de un proyecto y un programa de colaboración de clases, lo cual acabó desarmando ideológicamente al movimiento obrero y lesionando seriamente su autonomía política. El otro no puede ser sino el que conduzca a apreciar adecuadamente el carácter extraordinario con que irrumpió en la Argentina el fenómeno populista y nacionalista burgués (bajo una cultura “obrerista” y a la vez “antiizquierdista”). La clave para resolver lo que aparece como una anomalía histórica es el desacople entre dos fenómenos contrapuestos: por un lado, el crecimiento

rápido y exponencial de la alianza entre un sector mayoritario del gremialismo (celoso en defender la autonomía sindical pero impotente para resistir una tendencia a la heteronomía política) y la elite militar-estatal encabezada por Perón; por el otro, el importante desarrollo que venían experimentando los comunistas en el mundo del trabajo, que era más lento, gradual, incompleto y cada vez más dilapidado por una estrategia política que potencialmente lo distraía de las reivindicaciones de los trabajadores. Además de comenzar a agotarse parcialmente en su propia dinámica por limitaciones de estrategia política e ir feneciendo de “muerte natural”, la influencia del comunismo en el movimiento obrero fue obturada y reprimida por la decisiva acción de un movimiento populista emergente. Hubo una perfecta articulación entre causas endógenas (las características de la orientación partidaria antes descripta) y exógenas (la notable vitalidad de la interpelación y acción del nacional-populismo, con su estatismo redistribucionista). Un modo de comprobar la necesidad de conjugar ambas dimensiones es apelar al estudio comparativo con otros casos latinoamericanos próximos, como los de Chile, Uruguay y Brasil. Estos países en los años veinte y los treinta tuvieron partidos comunistas con un nivel de arraigo en la clase obrera no mayor que en la Argentina, pero que pudieron incrementar o mantener en las décadas siguientes, a pesar de que estuvieron embarcados bajo la misma línea del frente popular que distinguió al PC de Ghioldi y Codovilla. ¿No es acaso sugerente el hecho que en estos países no existió un fenómeno populista y nacionalista burgués de la magnitud, la complejidad y la consistencia como ocurrió en la Argentina?

Si conducimos el análisis en esta dirección estamos cuestionando las interpretaciones que tendieron a abordar este proceso histórico de manera unilateral. Los señalamientos sobre el peso que la orientación del frente popular tuvo en el sentido de impedir la hegemonía obrera comunista hacia comienzos de los años cuarenta, convirtiéndose en una suerte de “derrota autoinfligida”, han frecuentemente desatendido el significado del “bloqueo populista” antes mencionado. Por otra parte, es bastante obvio que si el PC fue perdiendo sus posiciones en el movimiento obrero desde 1943-44 no fue por algún tipo de esencialismo “antinacional” o “antipopular”, característico de esa organización (y de toda la izquierda socialista y marxista), tal como se sostuvo desde cierto ensayismo (Puiggrós, 1956; Ramos, 1962; y los continuadores de esta tradición: Galasso, 2007). Tampoco, por un cambio en la composición social de los trabajadores, que habría ido erosionando la influencia de los viejos partidos de clase y los habría tornado incapaces de organizar a la “nueva clase obrera”, como se desprende de los estudios sociológicos de Germani y otros autores (Germani, 1962); de hecho, el comunismo fue la corriente que mejor logró expandirse entre el joven proletariado formado como producto del crecimiento industrial de los años treinta.

Es posible establecer que la irrupción del peronismo desde 1943-1944 y la adhesión mayoritaria que concitó entre los trabajadores no se presentó ni como la única e inevitable alternativa histórica ni como la consecuencia “lógica” y “natural” de las transformaciones económicas, sociales y políticas acaecidas desde la década de 1930. En todo caso, el peronismo fue la opción que se tornó triunfante en aquellas circunstancias, y la que logró recoger los frutos de un sindicalismo industrial y “moderno” al que tanto había contribuido a erigir precisamente el PC y otras corrientes de izquierda. En un ejercicio contrafáctico, sobre una Argentina con un 17 de octubre frustrado, es decir, sin un triunfo del peronismo ¿es posible conjeturar que se hubiera asistido a una continuidad o incluso profundización de la presencia comunista en los medios obreros, entre otras razones, por el inevitable aumento cuantitativo de las clases trabajadoras, el acrecentamiento de los problemas provenientes del mundo del trabajo y el peso que tenían las ideologías y tradiciones de izquierda? (Torre, 1999). La pregunta es pertinente si le añadimos como otro factor inevitable de análisis el de la estrategia política que guiaba al PC, un partido ya completamente ganado por la rigidez monolítica, matizado por la indigencia teórica-política del estalinismo y sometido a los dictados de la burocracia soviética.

En conclusión, la aparición del peronismo, en la coyuntura existente entre 1943-1945, significó un duro revés para el PC. Tras casi dos décadas de crecimiento en la clase obrera, sobre todo en el sector industrial, el partido vio esfumar una buena parte de la influencia sindical y política alcanzada. El avasallante triunfo del proyecto nacional-populista burgués encarnado por Perón desplazó a las izquierdas del movimiento obrero, conduciendo a éste a un tipo de integración social y política heterónoma, de escala e intensidad increíblemente vasta.

Bibliografía

ARICÓ, José. Los comunistas en los años treinta, *Controversia*, 2-3 (suplemento nº 1), México, diciembre, pp. v-vii, 1979.

CAMARERO, Hernán. *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*, Buenos Aires: Siglo XXI Editora Iberoamericana, 2007.

_____. *Comunismo y movimiento obrero en la Argentina, 1914-1943*. Tesis doctoral. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2008.

_____. Ascenso y ocaso del Partido Comunista en el movimiento obrero argentino: crítica historiográfica y argumentaciones conceptuales, en *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, año I, n° 1, septiembre, Buenos Aires, pp. 57-79, 2012.

_____. Antiguas controversias, nuevos enfoques: clase obrera, sindicalismo y comunismo en la Argentina durante la primera mitad del siglo XX. Un estado de la cuestión”, en *PolHis (revista del Programa Buenos Aires de Historia Política)*, año VI, n° 11, 1° semestre, Buenos Aires, pp. 129-146, 2013.

CERUSO, Diego. *Comisiones internas de fábrica. Desde la huelga de la construcción de 1935 hasta el golpe de estado de 1943*, Vicente López: PIMSA/Dialektik, 2010.

DEL CAMPO, Hugo. *Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable*, Buenos Aires: CLACSO, 1983.

DI TELLA, Torcuato S. *Perón y los sindicatos. El inicio de una relación conflictiva*, Buenos Aires: Ariel, 2003.

DURRUTY, Celia. *Clase obrera y peronismo*, Buenos Aires: Pasado y Presente, 1969.

GALASSO, Norberto. *Aportes críticos a la historia de la izquierda argentina. Socialismo, peronismo e izquierda nacional*, T. I, Buenos Aires: Nuevos Tiempos, 2007.

GARCÍA, Alicia S. y MOLAS, Ricardo Rodríguez. *Textos y documentos. El autoritarismo y los argentinos. La hora de la espada/3 (1924-1946)*, Buenos Aires, CEAL, 1988.

GERMANI, Gino. *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Buenos Aires: Paidós, 1962.

GHIOLDI, Orestes. *El Partido Comunista en la lucha por la democracia y la unión nacional. Informe presentado al IX Congreso del PCA*. Buenos Aires, 1983.

GODIO, Julio. *El movimiento obrero argentino (1930-1943). Socialismo, comunismo y nacionalismo obrero*, Buenos Aires: Legasa, 1989.

HOROWITZ, Joel. *Los sindicatos, el Estado y el surgimiento de Perón, 1930-1946*, Buenos Aires: Eduntref, 2004.

IÑIGO CORREA, Nicolás. *La estrategia de la clase obrera, 1936*, Buenos Aires: La Rosa Blindada-PIMSA, 2000.

MATSUSHITA, Hiroshi. *Movimiento obrero argentino, 1930-1945. Sus proyecciones en los orígenes del peronismo*, Buenos Aires: Siglo veinte, 1983.

MURMIS, Miguel y PORTANTIERO, Juan Carlos. *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires: Siglo XXI, 1971.

PARTIDO COMUNISTA, Comisión del Comité Central. *Esbozo de Historia del Partido Comunista de la Argentina (Origen y desarrollo del Partido Comunista y del movimiento obrero y popular argentino)*, Buenos Aires: Anteo, 1947.

PUIGGRÓS, Rodolfo. *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*, Buenos Aires: Argumentos, 1956.

RAMOS, Jorge Abelardo. *El partido comunista en la política argentina*, Buenos Aires: Coyoacán, 1962.

SOMMI, Luis V. *La unión del pueblo contra el fascismo. Informe presentado al IX Congreso del PCA*, 1938.

TAMARIN, David. *The Argentine Labor Movement, 1930-1945. A Study in the Origins of Peronism*, Albuquerque: University of New Mexico Press, 1985.

TORRE, Juan Carlos. Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo; en *Desarrollo Económico*, Vol. 28, Nº 112, Buenos Aires, febrero-marzo, 1989.

_____. *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires: Sudamericana, 1990.

_____. "Prefacio"; en J. C. Torre (comp.): *El 17 de octubre de 1945*. Buenos Aires: Ariel, 1995.

_____. "La Argentina sin el peronismo. ¿Qué hubiera ocurrido si hubiese fracasado el 17 de octubre?", en Niall Ferguson (dir.): *Historia virtual. ¿Qué hubiera pasado si...?*. Madrid: Taurus, 1999.